

FAMILIA Y MASIFICACION

POR

FEDERICO CANTERO NÚÑEZ

I. LA DESTRUCCIÓN DE LA FAMILIA POR LA MASIFICACIÓN

Sociedad de masas y totalitarismo constituyen un mismo fenómeno alentado por la revolución. A ésta le interesa destruir a la familia, ya que constituye un obstáculo fundamental para la consecución del modelo social perseguido.

La familia, en consecuencia, o bien debe ser destruida —las campañas en favor del divorcio, del aborto, la pornografía, el desfreno sexual, la droga, etc., operan con esta finalidad— o bien, y como segundo frente de lucha, debe ser masificada como tal institución para colocarse en el “sentido de la historia” y la “fidelidad” a la sociedad artificial de masas. Son dos los peligros a los que la familia tiene que hacer frente en la actualidad. Aquí nos vamos a referir exclusivamente al segundo de ellos.

La familia se desarrolla a partir de un núcleo diferencial y complementario, cual es un hombre y una mujer; hunde sus raíces en el pasado familiar de cada uno de ellos y extiende sus ramas en los hijos, nietos y también en aquellas personas más vinculadas a la casa. Bajo estas premisas, hablar de familia masificada, o de masificación familiar, podría resultar paradójico; pero si pensamos un poco detenidamente, veremos que no resulta así, pues esas raíces, esas ramas, esas diferencias, pueden ser reducidas a un punto común y homogéneo. Entonces, seguiremos hablado de familia, pero sólo en su acepción biológica, pues estaremos ante la triste realidad de una familia masificada.

La masificación operada a nivel individual favorece, indudablemente, la masificación de la vida familiar, pues un matrimonio de

mujer y hombres masa es lógico que produzca unos hijos y una forma de vida estandarizada. Pero al mismo tiempo puede operarse el fenómeno de la masificación a nivel institucional, cuando la familia, como tal, se convierte en una institución que repite un mismo tipo, siempre igual. Varios planteamientos pueden conseguirlo o al menos favorecerlo:

a) *Una política estatal*, encaminada a suprimir la educación de los padres para con sus hijos, sustituida por una educación oficial hasta en los más mínimos detalles, según el patrón sueco (1).

b) *El trabajo de la madre fuera del hogar*, que conduce inevitablemente al olvido de los hijos o cuando menos a una menor dedicación y atención. Ello constituye además una rebelión contra la propia maternidad y, por tanto, contra el orden natural y, como escribe Charboneau (2), "cuando una mujer que llega a ser madre se

(1) En Suecia «todo lo que de alguna manera valore la personalidad está rigurosamente prohibido, perseguido y censurado. Es el único país en que muchas obras no han sido traducidas por considerar que exaltan la personalidad... Desde los cinco años, y pronto será desde los tres, todos los niños están obligados a ir a la escuela, donde el programa es rigurosamente oficial, desde la iniciación sexual más pornográfica hasta la asignatura de religión con texto oficial único, en la que se enseña que "la religión es una neurosis obsesiva ligada a características infantiles"... En esta escuela, el espíritu de competición es sistemáticamente combatido en favor de lo colectivo... Se fabrican "hombres de pensamiento colectivo", según el tipo Huxley» (tomado de Gil Moreno de Mora en «Libertad, subjetivismo e igualdad de oportunidades», publicado en *Verbo*, núm. 147).

A través de esta educación se van haciendo los hombres masa del mañana. Todo lo diferencial y personal es sustituido por un nuevo ideal: ser como los demás, no destacar; en definitiva, ser mediocre. «Y esta mediocridad —continúa Gil Moreno de Mora—, cuya propaganda invade la escuela, es la asesina del héroe, pues comienza a decirle al niño, ilusionado con ser bombero, nada de fuego, nada de acciones personales, todo en equipo, la técnica apagará las llamas, tú sólo tienes que ser uno del montón—, y muere la ilusión en una infancia que es amarga antes de la pubertad, porque le han prohibido ser heroica. Con el asesinato del héroe se realiza la muerte de las vocaciones; serán unos psicólogos y computadoras los que decidirán la vocación y la tarea de cada futuro hombre».

(2) Charboneau: *Sentido cristiano del matrimonio*, Herder, 1968, página 274.

rebela contra su maternidad, no es ya mujer". De esta forma la diversidad complementaria se convierte en uniformidad sustituible.

c) *La pretendida liberación de la mujer*, que no es otra cosa que un reconocimiento falso e inconsciente de la superioridad del hombre a través del cual la mujer rechaza su condición propia y natural y aspira a ser hombre.

d) *Las campañas ateas y antirreligiosas*, que pretenden erradicar la religiosidad en la vida familiar, por la que la familia se prolonga a través de las generaciones en la eternidad, haciéndose ella misma inmortal. La religión es uno de los factores que da mayor estabilidad a la familia. La desestabilización y la inseguridad son presupuestos para la masificación que luego nos aportará las "seguridades".

e) *La provocación de conflictos generacionales*, por medio de los cuales se pretende regular la vida familiar como una sociedad de derechos, olvidando los deberes de estado.

f) Como factor propiamente interno, hay que considerar la *cobardía de los padres* ante la vocación y el futuro de los hijos, apagando y rechazando las vocaciones heroicas y desinteresadas. "¡Cuántos niños —exclama J. M. Vaissière (3)— han sido condenados a la mediocridad por ser sus padres pusilánimes en la hora en que, todavía jóvenes, Dios los llamaba para grandes cosas y les daba el entusiasmo que triunfa de las aprehensiones naturales! Hubiera sido el comienzo de una vida toda ella hermosa". "Pero su madre tímida —señala Pío XII, continuamos citando a J. M. Vaissière—, pero su padre poco valiente, han temido la enfermedad, el fracaso, la muerte o solamente la ausencia...; han dicho «no», han impedido. Han roto. El niño fue truncado bruscamente en su vuelo, porque sus padres tuvieron miedo".

g) Como factor también interno, puede señalarse una *educación benevolente* con el capricho, siempre condescendiente, que asesina en el joven, ya desde niño, la propia superación. Las facilidades excesivas sólo pueden conducir a la impotencia frente a las dificultades

(3) Vaissière, J. M.: *El amor humano*, Euramérica, Madrid, 1966, página 80.

de la vida, que en el día de mañana ese hombre o esa mujer, incapaces de resolverlas, acudirán al Estado, se dejarán arrastrar y en último extremo le conducirán a la droga o el suicidio.

h) *La indigencia material extremada* que provoca la salida de los padres e hijos fuera del hogar en las familias de obreros, destrozando, en ocasiones, la armonía, la comunicación y la felicidad. De este modo la familia se proletariza y los hijos serán unos desarraigados.

i) *El abandono de los abuelos*, e incluso de los padres, en centros especiales para ancianos, que trae consigo un perjuicio a la tradición y a la personalidad de las nuevas generaciones.

j) *La pérdida del sentido de la propiedad familiar*, que conduce a una noción de la propiedad exclusivamente económica.

k) Y, sobre todo, *la colonización del hogar por la televisión*. Vamos a detenernos en este factor, pues atenta sin piedad de modo directo contra la libertad, la paz, el amor y la felicidad de las familias.

“Si nos trasladamos con el pensamiento —escribe Coulanges (4)— en medio de las antiguas generaciones, encontraremos en cada casa un altar y alrededor de cada altar una familia”. Y, más adelante (5), nos dice: “Una familia era un grupo de personas a quienes la religión permitía invocar el mismo hogar y ofrecer la comida fúnebre a los antepasados”.

La religión, el fuego que congregaba, las comidas y las cenas, constituían las vivencias fundamentales en torno a las cuales y desde las cuales existía una vida familiar. Los padres y los hijos hablaban; estos últimos, sobre todo, escuchaban y así se iban transmitiendo las tradiciones, a partir de las cuales cada nueva generación aportaba algo nuevo y podía por medio de una labor de aceptación y rechazo perfeccionarlas y ser así la familia instrumento del progreso. Cada miembro de la familia tenía una función concreta y diferenciada, que enseñaba el respeto de unas por otras. Todos los aspectos de la vida, hasta los más triviales, tenían su sentido. Los

(4) Coulanges, F.: *La ciudad antigua*, Edaf, Madrid, 1967, pág. 43.

(5) Idem, pág. 45.

ritos eran sagrados y la vida se amoldaba a ellos. Así, por ejemplo, el fuego, que en la mayoría de los hogares debía permanecer constantemente encendido, no podía alimentarse con cualquier clase de leña; "la religión —nos cuenta Coulanges (6)— hacía distinciones entre los árboles, los que podían dedicarse a este uso (fuego del hogar) y aquellos otros que hubiera sido impiedad dedicar a él". Naturalmente, el "insensato" de nuestros días diría del que nos habla Gamba: "¡Que tontería! Qué más da éste que aquél, si los dos tienen buena madera para la combustión". Pero dejemos ahora al insensato.

Pues bien, el altar, el fuego, los múltiples ritos, han desaparecido o cuando menos subsisten precariamente. Han sido sustituidos, y con ellos, toda la vida familiar por la televisión, en torno a la cual se desarrolla hoy la "vida familiar".

Ya no se habla, ya no se hacen esfuerzos por conocer los problemas de los más próximos, ya no se piensa ni se medita, ni se reza. Ahora que todo el mundo sabe leer, no se lee: se ve la televisión. No importa lo que nos ofrezca; es la televisión y debe ser respetada. Tal vez en medio de la programación el hijo haga una pregunta o un comentario a su padre; tal vez, si no es del todo mayor, obtenga el "castigo" de irse a la cama como respuesta. Sí, tal vez una película pueda interesar más que el problema de un hijo. Tal vez, el viaje del ministro al extranjero sea más importante que la excursión que el hijo acaba de hacer con sus amigos.

Al romper la vida familiar, puede afirmarse que la televisión, tal y como está concebida, es profundamente destructiva. Es alienante, porque ante ella las preocupaciones y las alegrías de cada día ceden paso a las preocupaciones y alegrías de los protagonistas de la película o de los partidos y señores ministros.

Constituye —tal y como está concebida por quienes la realizan y la reciben— una injusticia permanente para los niños y adultos si se trata de una película, para los pobres y los ricos si es de publicidad de lo que se habla. Y ello porque, al ofrecer a personas diferentes un mismo producto, se está otorgando una consideración igual

(6) Idem, pág. 30.

a quienes son desiguales. Con ellos se desatan las pasiones y las envidias y sin conciencia de los deberes se exigen derechos. ¡Claro que en "1984", cuando la ortodoxia signifique no pensar, y el sentido común sea la mayor de las herejías (6 bis), ya no habrá nombres, sino rebaño igual. Entonces la televisión trataría igual a quienes artificialmente fueron constituidos en iguales. El problema de justicia habría desaparecido...

Los niños quieren ver las películas de los mayores —tal vez quieran estar con sus padres y sentarse delante de la televisión sea el único modo de conseguirlo— y éstos los mandan a la cama, tras lo cual se oye un lloro. Una rabieta muy natural. Los menos favorecidos económicamente exigen sus "derechos" a los últimos modelos de electrodomésticos o de automóviles. Quizá un día estemos en presencia de una manifestación de tontos que protestan contra las películas de espionaje porque no las entienden y consideran que son discriminados. Así se produce esa "humanidad tendida en su establo", de la que nos habla Rafael Gamba (7), "a la que se ha hecho odiar primero, olvidar más tarde, la mansión que era suya —porque la televisión nos arranca de nuestra sociedad concreta y nos transporta a una abstracta— con su estructura y su orden, así como el tiempo que construye y conduce... Humanidad de hombres de mentalidad amorfa, educada en el solo ideal de la igualdad y de la envidia; de hombres empeñados en parecer mujeres, en mujeres empeñadas en parecer hombres... Sociedad nivelada de almas en serie que aborrece las diferencias de situación o de inserción humana que la constituían en verdadera sociedad y la guardaban de convertirse en masa o en rebaño".

Es fácil comprender que la televisión es hoy el primer y fundamental instrumento que el totalitarismo utiliza para masificar —aquí la masificación opera a nivel individual y familiar— y de esta manera conserva y aumenta su fuerza.

(6 bis) Orwell, J.: 1984, Ed. Destino, Barcelona, 1974, págs. 62 y 89.

(7) Gamba, R.: *El silencio de Dios*, Prensa Española, Madrid, 1968, pág. 143.

II. EL CAMINO PARA LA SALVACIÓN

Pese a que la masificación ha llegado ya a las familias, no podemos pensar que éste sea un proceso inevitable. No existen determinismos históricos, y sí existen, por el contrario, aún hoy, numerosísimos oasis en los cuales los hombres conservan su libertad. Pero, lo que es más importante: existe la Gracia de Dios, que, sin duda, intervendrá cuando ejercitemos nuestra libertad para alcanzar el orden querido por El. Sin Dios, nuestras esperanzas serían vanas.

Soluciones tecnocráticas o marxistas para los problemas de la sociedad actual tal vez consigan resolver —a costa siempre de valores superiores— lo más urgente del hoy; solución que se convertirá en un problema mayor del mañana, y que nos sitúa en una pendiente que se inclina cada vez más (8).

La solución para nuestra sociedad no estriba en una política del Estado para las masas. Reside, muy por el contrario, en la desestatización, en la asunción de muchas de sus funciones por las sociedades intermedias y en el retorno de los valores espirituales, morales y religiosos.

Vallet de Goytisolo (9) señala como remedios frente a la tecnocracia la responsabilidad personal y la organización social por cuerpos intermedios.

Responsabilidad en el pensar, responsabilidad en el obrar, responsabilidad en el querer y en el sentir. La familia tiene aquí mucho que ver, mucho que hacer...

“Frente a una organización mecanizada —nos dice refiriéndose a la solución social de los cuerpos intermedios (10)—, articulada rígidamente desde arriba, tecnocráticamente, en una palabra: hay que reconstruir una sociedad orgánica, biológicamente desde sus raíces”. Que ésta es la única solución nos lo viene a confirmar hoy la ciencia

(8) Vallet de Goytisolo, J. B.: *Ideología, praxis y mito de la tecnocracia*, Montecorvo, Madrid, 1975, pág. 262.

(9) Idem, págs. 297 y sigs.

(10) Idem, pág. 307.

moderna (11). La familia constituye el arquetipo de los cuerpos intermedios (12)... Todo intento de desmasificación habrá de partir, pues, desde la familia. Solución a largo plazo que requerirá, tal vez, del esfuerzo de varias generaciones, pues son varias las que nos han llevado a la enfermedad. La alternativa la tenemos, si no, en "1984". Tengamos, además, bien presente, como observa A. Charlier (13), que sin la dimisión del hombre la masa no llega a existir.

(11) «Hoy —citamos a Vallet de Goytisolo en *Algo sobre temas de hoy*, Speiro, Madrid, 1972—, nos dice Eric Kremer en *La grande mutation*, entre la teoría de los cuantos (*quanta*), que sostiene el edificio científico de la edad atómica, y el pensamiento de los filósofos y científicos marxistas o tecnócratas, parece que hayan transcurrido siglos. No hablan ya la misma lengua. No tienen ni una idea en común.

Así nos lo recuerda Jacques Rueff en su último libro (*sic*) *Les dieux et les rois*, recientemente traducido con el título de la visión cuántica del universo.

Bajo ese ángulo, «el determinismo, el movimiento de la historia, la ley del progreso inevitable, la dialéctica como motor del mismo, la estructuración tecnocrática impuesta, resultan unos meros conceptos sin justificación, porque sus presupuestos científicos han sido revisados en sus bases más profundas».

De esta forma la tradición espiritualista vuelve a ser reencontrada en los últimos hallazgos de la ciencia.

Se demuestra que la dinámica de la naturaleza no consiste en la dialéctica de contrarios, y que concede una importancia trascendental a los principios de coordinación y complementariedad. Estos rigen desde los niveles inferiores a los superiores, «la existencia» aparece siempre como el producto de un arreglo duradero, y el consiguiente establecimiento de cierto orden entre las partículas elementales. Pero la interacción continúa a niveles superiores, y así se forman los nuevos órdenes y «niveles de organización»: nivel de las partículas fundamentales, nivel nuclear, nivel atómico, nivel molecular, nivel cristalino, nivel de los virus, nivel de los organismos de la célula viva, nivel de las células, nivel de los órganos, nivel de los seres vivos; por encima de éstos, las parejas, las familias, las innumerables variedades de sociedades animales, sociedades de insectos, pájaros y, a partir del hombre, la compleja jerarquía de las sociedades humanas, familias, tribus, empresas, ciudades, naciones y, desde fecha reciente, comunidades o sociedades de naciones.

(12) Gil de Sagredo, J.: «La familia, arquetipo de los cuerpos intermedios», en *Verbo*, núm. 165-66, págs. 599 y 600.

(13) Charlier, A., cit. por Vallet en *Sociedad de masas y Derecho*, Taurus, Madrid, 1969, pág. 233.

III. LA FAMILIA TRADICIONAL, OBSTÁCULO Y REMEDIO FRENTE A LA MASIFICACIÓN

1. Idea general y extensión de la familia

Convendría, aunque sólo fuese brevemente, precisar el concepto de familia y su extensión.

La familia no es un ente abstracto. La familia no es sólo matrimonio. No existe (a no ser en su acepción biológica) por existir un padre, una madre y un hijo. La idea de familia es inseparable de la *vida familiar*. Puede, sí, en casos extraordinarios, estar compuesta por el núcleo padres-hijos, si entre ellos se da una convivencia, pero, normalmente, esa convivencia es más extensa, ya que la vida de ese núcleo —por supuesto fundamental e indispensable por naturaleza— se desenvuelve en un círculo más amplio: primos, parientes, amigos, médico de cabecera, patronos, profesores, personal doméstico, etc. Estas relaciones familiares “integran —observa Gil Moreno de Mora (14)— un círculo entretejido de complementariedades y de intereses, de coalición y de amores, que pueden ir desde el intenso amor de esposo a esposa hasta la simple simpatía, pasando por la amistad. Esta es la verdadera dimensión familiar”.

Conservando sus peculiaridades y diferencias, estas familias se van integrando de diversos modos en comunidades naturales superiores, llegando a formar regiones y patrias. Forjan, en definitiva, la sociedad, el pueblo, constituyendo la antítesis de las sociedades abstractas del anonimato y de la masa.

Es esta familia a la que hemos de defender y de la que hemos de partir para lograr un orden social basado en la realidad natural de las cosas.

(14) Gil Moreno de Mora: «La familia, principio de la vida social», en *Verbo*, núm. 61-62, pág. 112.

2. La familia, cuna de élites

No debemos contemplar a la familia estáticamente, sino más bien en el correr de los años, e incluso de los siglos. Una familia es ella misma en un momento determinado; pero este *ser* está formado por todo un pasado rico en tradiciones, en virtud del cual una familia constituye un pasado asumido con fidelidad al que cada generación aporta algo nuevo y diferencial.

Cada familia se forma a partir de dos tradiciones familiares. Estas combinaciones aseguran casi siempre la diversidad y la pluralidad. Por otra parte, en la sociedad de familias se produce un fenómeno que afecta al porvenir: la tradición, que es siempre renovadora (15). Los miembros de la familia, los hijos sobre todo, tenderán hacia la misma vocación que sus padres y mayores más allegados. Una familia de campesinos conducirá a otra de la misma especie. Se evitarán con ello las crisis de adaptación —¡qué bien han sido explotadas!— que supone el cambio o traslado de un medio a otro distinto. Los conocimientos, prácticos sobre todo, van siendo aprendidos por los hijos ya desde niños, que ayudan a sus mayores. En su trabajo, en su ambiente, en su estrato cultural y social, son dueños y señores. Si son campesinos, ellos distribuyen las tierras para el cultivo; si marineros, ellos señalan los días y deciden los aparejos para faenar.

Dentro del mismo ambiente familiar no todos realizan lo mismo. Cada uno va desempeñando, según las necesidades, un papel distinto. La jerarquía y la complementariedad operan ya en la misma institución familiar. En ella "cada miembro: padre, madre, hijos —nos dice Gil de Sagredo (16)—, tienen sus funciones y atribuciones propias, en las que no se interfieren de manera decisoria los demás. Cada uno posee un marco de acción individual independiente, un ámbito de autonomía inviolable. Es la exigencia de libertad en el

(15) Michel F. Sciacca decía: «la tradición conserva renovando y renueva conservando». En este sentido, es interesante ver *Revolución, conservadurismo y tradición*, por Sciacca, Vallet y otros autores, en Speiro, 1975.

(16) Gil de Sagredo: *op. cit.*, pág. 608.

cumplimiento de los fines propios, que reclama el respeto por parte de los demás, de los padres hacia los hijos, de los hijos hacia los padres, de los hermanos entre sí. De esa exigencia de *libertad* en cada miembro familiar deriva la *imputabilidad* de sus actos, y como consecuencia de la imputabilidad, *la responsabilidad*, y como consecuencia de la responsabilidad, *la personalidad*".

Como consecuencia de esa libertad y de esa personalidad, los nuevos no están fatalmente determinados a permanecer en el ambiente profesional y cultural de sus mayores. Cabe siempre la posibilidad de una vocación distinta, y tal vez heroica. Así, "durante siglos y más siglos —nos dice M. M. Martín (17)—, todo hijo del pueblo superiormente dotado siempre había tenido acceso a las más altas funciones, y entre los obispos de la Edad Media, e incluso entre los papas, se hallaban precisamente hijos de siervos, de pastores o de labradores".

Se evita por este sistema uno de los grandes errores de la moda actual: que los más inteligentes se dediquen todos —muchos sin vocación— a las carreras universitarias. Con ello las profesiones manuales, el campo, el mar, etc., se quedan para los menos dotados y pierden sus élites.

Una sociedad basada en una comunidad de familias permite que cada hombre pueda seguir su vocación. Se abre la posibilidad al desarrollo de las élites. Elites en la empresa, en la industria, en el comercio; élites en el campo, en el mar, en la ciudad; élites en la milicia, en la medicina y en la abogacía. Es claro que si los mejor dotados se dedican todos a las ciencias o a las letras, muchos lo harán sin vocación y, sólo por eso dejarán de ser élites, cuando lo hubiesen sido en su ambiente, desarrollando su vocación.

La familia es portadora de desigualdades. Quien nace en una familia de obreros y quien nace en una familia de historiadores, no tiene las mismas facilidades, las mismas oportunidades —por mucho que se empeñen las leyes— para dedicarse a una actividad intelectual o a una actividad manual. El hijo del historiador recibe desde niño

(17) Martín, Marie Madeleine: *Las doctrinas sociales en Francia...*, Ed. du Conquistador, París, 1963, pág. 268.

una formación intelectual. El hijo del obrero tendrá más facilidad para practicar una actividad manual.

Estas diferencias de oportunidades —que tampoco son absolutas— suponen un obstáculo con el que chocan todos los planes de educación que tratan de hacer realidad el mito de la igualdad de oportunidades. Esta será imposible mientras exista la familia y la educación familiar. Claro que, por eso mismo, “no sólo se desprecia —nos dice Vallet de Goytisolo (18)—, sino que es rechazada la familia como órgano educador y como transmisor de los conocimientos en profundidad necesarios en todos los niveles sociales; y es denigrada, por eso mismo, esa educación familiar con los calificativos de clasista y atentatoria a la igualdad, que viene a convertirse en el fin supremo para una sociedad de masas”.

La sociedad de masas aborrece las diferencias, pues ellas generan élites. Sin éstas, la sociedad de masas permanecerá. Pero no habrá tampoco élites sin una educación familiar diferenciada, según el orden social, pues como nos dice Messner (19), “las élites han de ser tan múltiples y multiformes como la propia sociedad articulada, según el orden de la subsidiariedad”. Ganar una élite intelectual es muy necesario; pero de poco o nada serviría si no surgiesen élites en el resto de los ámbitos sociales y profesionales. Y familias existen en todos esos ámbitos.

3. El contacto con la naturaleza y con la vida

Es en la familia donde el hombre, desde niño, va descubriendo poco a poco los secretos de la vida y de las grandes obras de la vida. A través de ella va dominando una o varias parcelas de la naturaleza y del saber. Aquellas en las que su familia vive inseparablemente unida.

(18) Vallet de Goytisolo, J. B.: *Algo sobre temas de boy*, Speiro, Madrid, 1972, pág. 271.

(19) Messner, cit. por Vallet en *Datos y notas sobre el cambio de estructuras*, Speiro, Madrid, 1972, pág. 252.

Día a día, el niño va descubriendo un orden natural y un sentido común. Cada niño diferente va conociendo a través de su propia familia aspectos diversos y complementarios de una misma realidad. En una escuela puede explicarse el porqué de la lluvia y la rotación de la tierra y el sol. Pero esos conocimientos son teóricos, informativos; no son íntimos, porque lo más probable es que ese niño de la escuela, si proviene de la ciudad, no comprenda lo que significa ni la lluvia ni el sol. Por el contrario, el niño que desde pequeño acompaña a su padre o hermano a las labores diarias del campo, sabe que con el agua crece la hierba, y que con ella se alimentan las vacas. Asocia el sol al trigo dorado y a las mallas. El agua y el sol son para él vivencias personales. Ese niño conoce al sol y a la lluvia de la realidad. El anterior conoce a la lluvia y al sol del mapa. Con esto no se quiere decir que todos tengan que conocer al sol y a la lluvia de la realidad, pues no a todos les afecta del mismo modo el sol y la lluvia, sino que lo fundamental es que, como dice Vallet (20), "a cada cual (ha de darse una enseñanza) que le facilite una mejor formación, más adaptada a su medio geográfico, histórico y social, y a sus posibilidades; la que mejor le forme para su cometido profesional, para realizar su función, para ejercer su oficio, para darse cuenta de su situación en este mundo, de paso —que se debe procurar sea fructífero— hacia el otro".

"La familia —escribe Paul Schrelker (21)—, asociación creada por las leyes de la naturaleza; institución que sirve de apoyo a la civilización y, en cierto modo, es apoyada por ésta; institución sancionada por la religión, protegida por la ley, aprobada por la ciencia y el sentido común, exaltada en la literatura y el arte, encargada de funciones muy concretas en todos los sistemas económicos, es, incuestionablemente, un elemento intrínseco de la vida humana". Como transmisora de la civilización, es insustituible. Hasta un aprendizaje tan sencillo y natural como el lenguaje es impensable fuera de ella. Porque la lengua, como todo, podría pasar a manos del Estado y que fueran unos especialistas en gramática quienes enseñasen a los niños,

(20) Vallet de Goytisolo, J. B.: *Sociedad de masas y Derecho*, pág. 646.

(21) Schlerker: *La familia*, Península, 1976, pág. 275.

desde el año de vida, a hablar. Lo harían con toda exactitud, de conformidad a las reglas. No habría en esos futuros hablantes ni leísmos ni laísmos; ni acentos diferentes; ni, tal vez, faltas de ortografía. Pero "es bien sabido —dice Schrelker (22)— que cuando el desarrollo del lenguaje se determina por los gramáticos pierde su elasticidad y su capacidad de reacción a los estímulos provenientes de todos los sectores de la civilización, y está amenazado de anquilosamiento, de petrificación". La lengua ya no serviría a las progresivas necesidades de comunicación, de expresión del pensamiento. Este quedaría también uniformado, quedando privado de toda espontaneidad y capacidad creadoras. Dos de las tres proposiciones del sofista serían, dos mil quinientos años después, ciertas.

Y lo que ocurre con el lenguaje sucede con el resto de los conocimientos que el hombre necesita —cada uno diferentes conocimientos, como diferentes son las palabras que utiliza el marinero, el campesino o el ingeniero—.

Es a través de la familia, en contacto directo con la naturaleza, donde el hombre aprende a vivir y a morir, "porque —nos dice J. M. Vaissière (23)— es en la familia donde el hombre es más sensible a las alegrías, a las pruebas de una, al mismo tiempo que a las angustias, a la estupefacción provocada por la otra". Sólo se conoce, se siente el nacimiento y la muerte cuando éstos tienen lugar en nuestra propia familia. Y las alegrías y penas que entrañan —seamos realistas— lo son exclusivamente de la familia (siempre en sentido extenso) en que acontecen. Para la sociedad de masas y para el Estado, un nacimiento y una defunción no suponen sino un sueldo, un contribuyente más o una jubilación menos.

Como institución transmisora de la civilización. Como clave de la tradición y del progreso, como generadora de sentido común, la familia es desde siempre un obstáculo al totalitarismo que quiere arruinar sus funciones y realizarlas él a su antojo en una política no ya para la sociedad, sino para el rebaño.

(22) Idem, pág. 288.

(23) Vaissière, J. M.: *op. cit.*, pág. 82.

4. La familia como institución transmisora de la religión

Religión y familia son dos realidades inseparables. Se ha llegado a afirmar que "la religión fue el principio constitutivo de la antigua familia" (24). La institución familiar ha tenido siempre una sanción religiosa y, al mismo tiempo, las familias han sido el primer instrumento transmisor de la religión.

La religión fue en la antigüedad una virtud personal que era practicada en la comunidad familiar. Es en la familia donde se empieza a conocer a Dios, donde se aprende a rezar, donde se aprenden a observar unas normas de conducta derivadas de la misma religión. El niño no recibe de sus padres lecciones teóricas de religión. Más bien recibe la lección que constituye el ejemplo del diario vivir. El padre es, en cierto modo, para el niño, como dijo Petit Sullá (25), la representación terrena de Dios. El niño empieza a obedecer a Dios cuando obedece a sus padres. De ahí que el odio revolucionario se exteriorice primordialmente en la figura del padre y de la patria potestad.

La familia es el primer instrumento de que se sirve Dios para propagar la religión verdadera. La revolución lo sabe, y por eso considera, con William Reich (26), que "la familia autoritaria representa la célula productiva más inmediata y la más importante del pensamiento reaccionario: constituye la fábrica de la ideología y de la estructura reaccionaria" (*sic*).

Por su función religiosa, la familia supone otro obstáculo a la masificación. Los principios religiosos, por ser absolutos, permanentes y objetivos, se enfrentarán siempre a toda corriente que pretenda apartarse de ellos.

Pero la familia, al no ser una sociedad perfecta, necesita de un

(24) Coulanges, F.: *La ciudad antigua*, pág. 43.

(25) Petit Sullá: *Vivencia cristiana de la familia*. Conferencia pronunciada en Madrid en 1977, en el ciclo *La familia hoy*, organizado por «La Juventud Católica por la Familia Cristiana».

(26) Reich, W.: *La psicología de masas del fascismo*, Ed. Roca, 1973. En este sentido, Marx (tesis VII sobre Feuerbach) considera que el sentimiento religioso es un producto social.

ambiente adecuado para que perviva en ella el espíritu religioso. "Hay que concluir —escribe Swift (27)— que la religión familiar no puede sobrevivir durante mucho tiempo en una comunidad o en una nación de cuya vida se haya excluido legalmente a Dios. Es necesario que los valores religiosos vuelvan a ocupar en nuestra cultura una posición central. No hay que permitir que la separación entre la Iglesia y el Estado dé lugar a un Estado sin Dios. No hay que permitir tampoco que la falta de lealtad a un Ser Divino degeneren en una glorificación del Estado, en una conversión de éste en Dios" (*sic*).

"El hogar —nos dice el mismo autor (28)— donde la religión sea realmente viva y efectiva tiene más probabilidades que los otros de llegar a formular claramente las nociones de lo justo y de lo injusto." Nociones éstas desconocidas por el hombre masa.

Por otra parte, la religión nos da un "sentido de pertenencia"; es decir, constituye un poderoso elemento constructor del arraigo.

5. Arraigo y moral

A) *El arraigo existencial* (29).—Las raíces, las vinculaciones, los lazos que el hombre establece con otros hombres (compromisos) y con las cosas (domesticación) (30), dan sentido a los aspectos más triviales de la vida. Un hombre con raíces, vínculos y lazos es un hombre *arraigado*.

"El arraigo —nos ha dicho Simone Weil (31)— es, tal vez, la

(27) Swift: *La familia*. En colaboración con Schlerker y otros, *op. cit.*, pág. 117.

(28) *Idem*, pág. 119.

(29) Además del desarraigo existencial, existen otros dos tipos fundamentales de desarraigo: el espiritual y el intelectual. Ellos tres son interdependientes, cada uno acelera la producción del otro. Vallet: «El hombre y la sociedad de masas», en *Verbo*, núm. 159-160, pág. 1386.

(30) Ver el desarrollo de estas ideas en el capítulo II de *El silencio de Dios*. Rafael Gamba.

(31) Weil, S., cit. por Vallet en *Sociedad de masas y Derecho*, pág. 110.

más importante y la más desconocida necesidad del alma humana. Un ser humano tiene una raíz por su participación real, activa y natural en la existencia de una colectividad que conserva vivos ciertos tesoros del pasado y ciertos presentimientos del porvenir... Cada ser humano tiene necesidad de tener múltiples raíces". Efectivamente, el hombre necesita múltiples raíces, espirituales y materiales, a través de las cuales corra la savia que dé alimento a su vida, y ésta esté concretada, en la realidad, en un ambiente temporal y espacial, que lo sujete y lo mantenga, del mismo modo que el árbol en la tierra. Podemos cortar sus raíces, para que pueda escapar y liberarse, pero ya sabemos que el fin de esa "libertad" no sería otro que la muerte.

Rousseau pensó que suprimiendo todas las sociedades y todas las ataduras del hombre, éste sería libre. Pero sólo podría serlo en una sociedad de masas, y entonces hablaremos ya lenguas diferentes. "El desarraigo, como nos dice Rafael Gamba (32), conduce al empobrecimiento de la personalidad, la trivialización de los deseos y la masificación humana". Y es que el hombre separado de su mundo, de sus costumbres y tradiciones, de su religión, de sus lealtades, de su propiedad, se convierte en un pelele, en un animal "no racional", que puede ser manejado muy fácilmente por el Estado en cualquier dirección, porque ya no tiene ninguna, ni siquiera puede permanecer en lo que es, porque no es más que rebaño.

En el desarraigo no hay liberación, pese a que el hombre moderno lo considere como la liberación de las viejas ataduras (33). "La verdadera liberación del hombre —ha escrito Camus y nos recuerda Gamba (34)— se ha apoyado siempre en las realidades más concretas: la familia, la profesión, el municipio, que transparentan en sus límites el ser, el corazón rico de las cosas y de los hombres."

¿Dónde nace el arraigo? Sin duda, en la familia. Sin arraigo familiar no es posible ningún género de arraigo, como no lo sea en

(32) Gamba, R.: *El silencio de Dios*, pág. 174.

(33) Vallet de Goytisolo, J. B.: «El hombre y la sociedad de masas», en *Verbo*, núm. 159-160, pág. 1396.

(34) Camus, A., cit. por Gamba en *El silencio de Dios*, pág. 55.

el odio, el resentimiento y el vicio. Quien no tiene padres, no tiene patria.

La familia arraiga al hombre desde niño en sus padres, que son diferentes para él a todos los demás; por sus padres se vincula a su casa, a sus hermanos, a la religión, a las costumbres y ritos familiares. Se arraiga en su tierra, en el aire de la montaña o del mar. Y luego, en su colegio, en su trabajo, en sus amigos, sintiéndose, por fin, hijo de la patria. Su fidelidad a la patria es fidelidad a todo un pasado que asume con dignidad, y no con vergüenza. Fidelidad a los sacrificios y esfuerzos de sus mayores, cuya obra va a continuar. Lealtad a los muertos, que así prolongan su vida en la memoria de sus hijos.

B) *La moral*.—En la familia se aprende a pensar conforme al *sentido común* y se transmiten unos valores espirituales y morales que subsisten a los cambios de la moda y al paso del tiempo. Valores, principios e ideas que no son “ideologías” producto de las lucubraciones de unas mentes inspiradas, sino consecuencia de una experiencia secular, de muchas vidas en busca de su destino. Principios que no se transmiten con afán polémico, dialéctico o partidista, sino para alcanzar la realización temporal y eterna del hombre.

La moral —porque esencialmente no hay más que una— es un instrumento transmitido por la comunidad de familias, para defensa del hombre y de la sociedad. Por eso, si, como dijo Maeztu y nos recordaron Sciacca y Gabriel de Armas, “ser es defenderse”, bien puede decirse que el hombre y la sociedad actual han perdido el instinto de conservación (en sentido metabiológico) al haberse olvidado de la moral. “Europa —leemos en *La rebelión de las masas* (35)— se ha quedado sin moral. No es que el hombre menosprecie una anticuada en beneficio de otra emergente, sino que el centro de su régimen vital consiste precisamente (como otro factor más de libertad) en la aspiración a vivir sin supeditarse a moral alguna... Cuando se

(35) Ortega y Gasset: *La rebelión de las masas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1976, pág. 203.

habla de la «nueva» (moral), no se hace sino cometer una inmoralidad más y buscar el medio más cómodo para meter contrabando.”

Por ser piedra angular del arraigo y transmisora de la moral, la familia tradicional dispone de las armas adecuadas para resistir y vencer a la masificación.

6. Amor, fervor...

Frente al pretendido amor a lo abstracto, característico de la sociedad de masas, que nos lleva a la deshumanización, es preciso volver la vista a lo concreto; hay que procurar que desde su nacimiento el hombre se encuentre firmemente vinculado a todo aquello que le circunda, que sepa apreciarlo y defenderlo cuando sea atacado; que se preocupe de los problemas que le afectan de manera directa y en los que su actuación es clave para su resolución por ser insustituible..

El verdadero amor es siempre concreto y se fija en los rasgos diferenciales. Cuando se ama a una mujer, se enamora uno de lo que en ella hay de diferente y peculiar. No es posible el amor a una mujer estándar, porque entonces se podría llegar a estar enamorado de todas cuantas repitiesen el tipo. Amar es apreciar y captar la diferencia en el ser amado. El principito de Saint Exupery (36) tenía en su asteroide una única rosa, a la que dedicó todas sus atenciones. Un día se encontró en la Tierra con un prado en el que había innumerables como la suya. Entonces se llevó una decepción, porque pensaba que la suya era la única en el mundo. Un niño educado en Suecia habría aceptado su error y habría considerado a las demás rosas como a la suya; pero el principito, antítesis del hombre masa, después de hablar con el zorro, volvió a contemplar a las rosas y les dijo: “No os parecís a mi rosa, porque no sois nada todavía. Nadie os ha domesticado, y vosotras a nadie habéis domesticado. Sois como era mi zorro. Era un zorro como otros cien mil. Pero lo hice mi amigo y ahora es único en el mundo... Sois hermosas —añadió—, pero

(36) Saint-Exupéry, A.: *El principito*, Alianza, Madrid, 1977, páginas 86 y 87.

estáis vacías. No se puede morir por vosotras. Sin duda, el que pase junto a mi rosa creará que se parece a vosotras. Pero por sí sola es más importante que todas vosotras juntas, porque es a ella a la que he regado y abrigado..., porque es *mi* rosa.”

Son los lazos que se crean, es lo que se da y se entrega lo que hace posible el amor. El hombre ama en la medida en que se da. Cuando se ha entregado a algo, ese algo lo es todo para él. Se puede, entonces, vivir y morir con sentido.

“Te resultará imposible —leemos en *Ciudadela* (37)— amar una casa que no tenga su rostro propio y donde los pasos no tengan su sentido. Había (en el palacio de mi padre) una sala reservada a los principales embajadores, que se abría sólo al sol de los grandes días; había aquella otra en que se hacía justicia, y aquella a donde se llevaban los muertos; y aquella, en fin, siempre vacía, cuya utilidad nunca se conoció, y que quizá no tuviera ninguna, salvo la de enseñar el respeto y el sentido del misterio, y que nunca se penetra del todo en las cosas.”

Frente a la idea de felicidad por dosis de bienestar y nuevos derechos, es lo cierto que la felicidad sólo se logra a través del amor, que es autoentrega, donación de sí, generosidad y fiel cumplimiento de los deberes. El hombre masa busca la felicidad, pero no se da cuenta de que, como dice Thibon (38), “la primera condición de la felicidad es no buscarla”. En este orden está permitido decir, volviendo del revés la palabra evangélica: “no buscad y encontraréis”. Si se busca el Reino de Dios —que es el Reino de Amor y Verdad—, lo demás —la felicidad— se dará por añadidura (39).

La construcción del orden social, guiada por el amor, conduce a un orden de convivencia y armonía, al disponer a los hombres hacia una empresa común, ya que amar consiste, como dijo el autor existencialista francés tantas veces citado, en mirar juntos en la misma dirección. Y es que, como nos dice Rafael Gamba (40), “la ciudad

(37) Saint-Exupéry, cit. por Gamba en *El silencio de Dios*, pág. 78.

(38) Thibon, G.: *Sobre el amor humano*, Rialp, Madrid, 1965, pág. 159.

(39) Evangelio de San Mateo (6, 33).

(40) Gamba, R.: *El silencio de Dios*, págs. 69, 73 y 74.

—el habitáculo humano— ha de ser creada por lo que Saint Exupery llama el fervor, esto es, el esfuerzo y la entrega guiados por el amor, en cuya obra el sujeto intercambia su vida con su creación y ésta le sobrevive y fecunda y alberga la vida de los que le seguirán". "La ciudad sostenida por el fervor —nos dice más adelante— engendra para el hombre dos elementos necesarios a su sano vivir: de una parte, el sentido de las cosas, que libra al hombre de caer en la incoherencia de un mundo sin límites ni estructura; de otra, la maduración del vivir, en cuya virtud la obra del hombre paga por la vida que le quita, y el mismo conjunto de la vida, por ser constructivo, paga ante la eternidad. Ello libra al hombre del hastío de un correr infecundo de sus años y le reconcilia con su propio morir."

Este fervor, que engendra el sentido de las cosas y la maduración del vivir, nace del amor, y éste empieza en la familia. El primer amor del niño es para con sus padres; por su parte, éstos luchan en la sociedad por el bien de sus hijos. La labor de la familia en este aspecto es insustituible. Ni las guarderías infantiles, ni los colegios, ni, por supuesto, el Estado, pueden mostrar a los hombres la realidad del amor.

Una sociedad creada por el fervor supone la antítesis de la sociedad de masas creada por el Estado, aplicando a la realidad natural sus frías lucubraciones racionalistas.

7. Responsabilidad personal

Entre los remedios que Vallet de Goytisoló señala frente a la sociedad de masas, ya lo hemos dicho, figura la responsabilidad personal.

Esta puede surgir más que desde instituciones y desde ambientes no masificados, pues en la sociedad de masas se producen dos fenómenos que imposibilitan la propia responsabilidad. El primero de ellos es la pérdida de la libertad de pensamiento y, por tanto, de obrar. Y no es preciso demostrar cómo la responsabilidad no puede

existir fuera de la libertad (41). El segundo de estos fenómenos, que en cierto modo se deriva del anterior, lo constituye la absorción por parte del Estado de las funciones individuales y sociales, que impide que los hombres, personalmente o formando sociedad, asuman iniciativas y riesgos, fenómeno éste que se produce con la aquiescencia de la propia sociedad.

La responsabilidad, por tanto, ha de partir de instituciones y ambientes que conserven dosis considerables de independencia, libertad y autonomía, y que impregnen, a su vez, la personalidad individual de estos valores.

Pues bien, la familia tradicional y cristiana conserva un ámbito de autonomía muy importante, que se manifiesta en las iniciativas económicas y profesionales, en la educación de los hijos, en la vivencia de costumbres y ritos propios, en la práctica de la religión, etcétera...

Pero, junto a la libertad de la familia, es necesaria también la independencia y libertad de cada miembro familiar, que viene a ser una consecuencia del diferente papel que desempeña. Así se va forjando la personalidad. E íntimamente unida a la personalidad se encuentra la responsabilidad. Es en la familia donde se reciben los primeros premios y castigos, como respuesta a unos actos imputables.

La propia realidad natural de la vida familiar hace nacer en los hombres, desde que son pequeños, la responsabilidad personal.

De todos modos, existen dos peligros graves, a este respecto, en la educación familiar, y que, desgraciadamente, parece que están muy extendidos.

Se produce el primero de ellos cuando los padres miman y consienten excesivamente a sus hijos; cuando por un cariño mal entendido, o por una claudicación de sus deberes de estado, no les exigen ni les castigan, permitiéndoles realizar todo cuanto se les antoja.

(41) En el ámbito de la sociedad de masas no se puede afirmar propiamente que la pérdida de la responsabilidad sea debida a la ausencia de libertad. Más bien podemos decir que ambos son fenómenos interdependientes. Desde el punto de vista subjetivo, el hombre moderno ha querido ser libre sin ser responsable, con lo cual ha perdido también su libertad, necesaria, a su vez, para el ejercicio de la propia responsabilidad.

El segundo peligro consiste en la negación o anulación de la necesaria independencia y autonomía de los hijos. Así, cuando los padres adoptan una actitud de injerencia y dirección de todas y cada una de las actividades de sus hijos, cuando no les permiten realizar nada por sí mismos, cuando toman, ya a partir de la adolescencia, todas las decisiones por ellos, o cuando obligan y castigan sin dar una explicación, están, indudablemente, impidiendo el desarrollo de la personalidad de esos futuros adultos, y pueden llegar incluso a dificultarles el conocimiento de la verdad, la práctica del bien y el sentido de la belleza, ya que todas esas realidades necesitan no de imposición, sino de continua enseñanza, alternada con el descubrimiento de la propia experiencia. "Es menester —escribe Víctor García Hoz (42)— que los hijos tengan una suficiente autonomía, de suerte que no estén dominados en exceso por sus padres y tengan la posibilidad de iniciativa propia dentro de su vida normal."

CONCLUSIÓN

Como se deduce de lo dicho, la familia corre un gran riesgo de perder su identidad y convertirse en una institución al servicio de la planificación estatal y la masificación. Pero si sabe conservar su esencia, su propio ser, es un motivo de esperanza para la regeneración social. La familia no masificada dispone de los medios necesarios para oponerse al sentido de la historia que quiere marcar la revolución.

La política de reconstrucción social y, por tanto, de desmasificación no puede ser propia y exclusivamente una política estatal. El Estado tiene que renunciar a muchas de sus actuales funciones, tiene que permitir la libertad y responsabilidad del entramado social, que constituyen los cuerpos intermedios, articulados todos ellos conforme al orden de la subsidiariedad.

Como primero de estos cuerpos se encuentra la familia, a la que hay que dejar y no estorbar todos y cada uno de sus quehaceres.

El día en que todas las familias recuperen su identidad, el hombre

(42) García Hoz: *Familia, sexo y droga*, Madrid, 1976, pág. 127.

estará salvado del totalitarismo, porque la sociedad no será ya sociedad de masas, sino sociedad de familias. En su seno el hombre dejará de ser rebaño y descubrirá su verdadero fin, su propia razón de ser.

“El valor y la prosperidad de un pueblo —ha dicho Pío XII (43)— no está en la ciega acción de una multitud confusa, sino en la organización normal de las familias sanas y numerosas, donde reina la unión íntima y confiada de los hijos bajo la utoridad respetada del padre y la vigilancia y previsión de la madre.”

De este modo, a partir de la familia, o mejor de la sociedad de familias, se irá levantando, naturalmente, la nueva sociedad y la nueva civilización, que no es nueva, sino que volverá a ser nueva una vez más, porque, como dijo San Pío X (44), “la civilización no está por inventar, ni la nueva ciudad por construir en las nubes. Ha existido, existe, es la civilización cristiana, la ciudad católica. No se trata más que de instaurarla y restaurarla sin cesar sobre sus fundamentos naturales y divinos contra los ataques siempre nuevos de la utopía malsana de la revolución y de la impiedad. *Omnia instaurare in Christo*”.

Para lograr este propósito, es imprescindible —a partir de la familia— la promoción de élites en todos los niveles sociales, que serán las que construirán y gobernarán la nueva sociedad en la que todos, de alguna forma, serán élites. *Verbo* no se ha cansado de recordarlo.

Terminemos con unas palabras de Juan Pablo I (45): “Creemos que la familia cristiana es un buen lugar para empezar. La familia cristiana es tan importante, y su función tan básica para transformar el mundo y la edificación del Reino de Dios, que la llamó el Concilio «Iglesia doméstica».”

En defensa del amor y de la civilización. En defensa del hombre y la sociedad, porque así nos lo exige la Voluntad Divina, hagamos realidad la familia de todos los tiempos. Sagrada Familia, ¡sed nuestro ejemplo!; Jesús, María y José, ¡rogad por nosotros!

(43) Pío XII: *Radiomensaje a las familias francesas*, 17 de junio de 1945.

(44) San Pío X: *Notre charge apostolique*, «Doctrina Pontificia», 11, BAC, pág. 408.

(45) Juan Pablo I: «Palabras dirigidas a un grupo de obispos estadounidenses», 21 de septiembre de 1978, en *Ecclesia*, núm. 1.905.